

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXXII - Septiembre-Octubre de 1955 - Núm. 363-364

Puntos de vista

Alfonso Reyes

*A*LFONSO REYES —ingenio impar— ha cumplido medio siglo cabal en el ejercicio de la profesión literaria. Cincuenta años de los cuales se desprende un hálito de fervorosas tareas de vocacionales afanes.

La fecha tiene que ser marcada con un signo de afecto por quienes seguimos esas tareas con admiración renovada. Cuando el autor de LA EXPERIENCIA LITERARIA llegó a la sesentena, dijo en una humorística parodia calderoniana que

... EL MÉRITO MAYOR
DEL VIEJO ES HABER VIVIDO ...

Hay, empero, más mérito que ése de haber vivido. Por lo menos en el caso de Alfonso Reyes. El existir no es nada si no lo acompaña un laborar de exigencias crecientes. Alfonso Reyes no se deja vivir. Vive la vida —sin duda— con una actividad fabulosa.

Y es ésa su labor una alegre aventura del pensa-

miento. Cuando leemos al fino, al sutil mexicano, sentimos como si la lectura nos transmitiera una cordialidad jocunda, una simpatía que crece en nosotros en iluminados fervores. Uno de los rasgos peculiares de las obras destinadas a durar está en esa comunicación sentimental con el lector.

Alfonso Reyes nos dice sus verdades a través de un puente de optimismo. Diríase que en las páginas de sus libros se halla siempre, con fiel puntualidad, la palabra que esperamos encontrar en ese momento. Y la razón está en el hecho de que su prosa va creando una serie de ondas que, de pronto, se ponen al unísono de vibración con nuestro propio sentimiento. "No se vive sin las palabras —ha escrito el propio Alfonso Reyes—. Más aún, en el orden auténticamente humano, sólo se vive por las palabras".

Optimismo. Y, además, un algo juvenil. Una especie de gracia renovada, insenesciente. La literatura de Alfonso Reyes tiene una claridad diamantina que es juventud tensa, juventud de músculos elásticos, presta siempre a ese ademán de mocedad que es como el signo exteriorizante del afán de conocer. "Esta actitud nueva de la mente —ha escrito el propio Reyes—, mide, en cambio, los valores de las cosas, las aprecia y palpa y sondea, plegándose a sus modos y a sus perfiles".

Por eso la mutación, la curiosidad. El mirar aquí y allá. El seguir hoy un camino y mañana otro, siendo, a la vez, fiel a su vocación. Hay que pensar —por ejem-

plo— en el asombro que en ciertas gentes debía de producir el fervor literario de quien era conocido —allá por los años veinte en Madrid, en Río Janeiro, en Buenos Aires— esencialmente como diplomático.

—¿Su señoría es un embajador que se entretiene en pintar? —se le preguntó a Rubens en cierto momento de una gestión plenipotenciaria que el gran flamenco, por encargo del monarca español, realizaba en Londres.

—No; soy un pintor que se entretiene haciendo de diplomático —fué la respuesta.

Así podía haber dicho Alfonso Reyes, un escritor que llenaba sus escasos ocios —¿los tenía?— con las tareas diplomáticas. Allá en Madrid, en Río Janeiro, en Buenos Aires, en ajetreo constante, llevó su espíritu insobornable y su vocación literaria bajo el uniforme consular.

Y era ésa una buena tarea que le permitía tener una atalaya y un punto de mira excepcional. ¡Qué penetrante visión la suya para no perder ninguno de los aspectos del paisaje humano o geográfico que le envolvía! ¡Qué juventud de ánimo! “Alfonso Reyes es americano. Alfonso . . . Reyes Alfonso, nombre de reyes . . . es americano. Pueblo joven . . . La juventud es, dondequiera que se la halle, en un hombre, en un pueblo, un sistema de muelles tensos que funcionan bien y se disparan con toda energía”. Así ha dicho José Ortega y Gasset.

Joven, por americano. Joven también por su eterna curiosidad. O sea, doblemente joven. La primera obligación del filósofo —se ha dicho— es la de asombrarse. Extendámosla al intelectual y tendremos un rasgo más de los que dibujan a cabalidad el perfil espiritual, el talante, la etopeya, de Alfonso Reyes.

Pocos han tendido más su capacidad de aprehensión. Afán de saberse distintos, venido de una renovada virginidad del ánimo que reacciona siempre ante todo como si de un descubrimiento se tratara.

Alfonso Reyes es uno de los hombres de espíritu más fino que escriben hoy en nuestra lengua. Esa finura está definiendo, a la vez, uno de los rasgos de su inteligencia. Sus ideas son claras y escuetas, como de acero: "Grecia tuvo dos lagunas humanas; no amó al humilde, ni experimentó la necesidad de un Dios justo. Y aquí es por donde tuvo que recibir la fecundación del espíritu siriacosemítico, de donde resultó la elaboración del cristianismo".

Trabajador, fabuloso, en su OPUS están las obras de serena belleza creacionista con las de indagación literaria, los ensayos, las memorias... El análisis de los fenómenos del pensamiento realizado con una suprema dignidad en la forma y una gran sensibilidad.

A torpes reproches de universalismo, ha podido contestar: "Mis contribuciones a la definición de lo mexicano están en todos mis libros". Pero nadie tampoco se ha acercado con mayor fervor al fenómeno cultural español. Ahí están sus dos volúmenes sobre litera-

tura española, sus retratos de Azorín, de Valle Inclán, su versión moderna del POEMA DEL CID, sus CARTONES DE MADRID y especialmente sus trabajos en el antiguo Centro de Estudios Históricos de Madrid.

El mejor homenaje que se le puede rendir en esta fecha epónima está en manifestarle una vez más desde estas páginas liminares nuestra fiel adhesión de lectores.